



ASOCIACION DE ANTIGUOS  
ALUMNOS DE LOS COLEGIOS  
DE HUERFANOS DE LA GUERRA  
(GUADALAJARA)

EL HOMBRE PREMATURO  
(CUENTO)

*Dedicatoria.— En noches de insomnio y de nostalgia, yo os he ido robando, hermanos pínfanos, pedazos doloridos de vuestra alma. Los he cosido con la retrospectiva aguja de mi fantasía. Y el amor mío, y el amor vuestro, gestó este Pepito excepcional, que no pudo —¡el poble!— orear con nosotros sus desgarradas quimeras en la Concordia, ni en San Roque, ni en la Fuente de la Niña, meta de nuestras aventuras imaginarias.*

I

Aguardillada y reducidísima, la habitación no podía albergar las respiraciones atropelladas de los niños. Las vocecitas retumbaban en el techo abovedado. Ecos de sonoridad prolongada tenían las risas infantiles. Grave y pausada la voz del maestro, se repetía con acentos fúnebres en los machones desconchados. Don Julián, cuando pasaba revista por las últimas mesas, se agachaba, para no rozar con la cabeza en el techo. Apiñados, y no por el frío, los niños y los bancos. Los segundos, cada uno de color y forma diferentes. Todos ellos veteranos en su oficio. Manchados de tinta, o de agua, con salpicaduras de todos colores, padecían agudísimo dolor reumático. Esto es: cojera eterna. Sobre las paredes de colores indefinidos, dos trozos informes y deshilachados: los encerados. Dando la mano a las supuestas pizarras, dos mapas descoloridos. El de España, caído hacia la izquierda. Le pesaba más Portugal. En el de Europa, un ratón expansionista se había comido la parte de Africa. Y las arañas tendieron un puente desde Italia a Gran Bretaña. El polvo hacía menos azul el color de los mares.

Dando frente a los bancos, una mesa desparrada. Sobre ella, un libro grueso y un puntero más flaco. ¿Emblema?

A su lado, derrengado, una estantería exhausta. Los muchos botes tapaban a los escasos libros.

Don Julián, el maestro, indolentemente recostado en la silla presidencial. La cara